

(Texto preparado)

(Versión en castellano para Sudamérica)

Trento, 10 de junio de 2001

***“Quien bebe el agua piensa en la fuente”***

Señor obispo, señor intendente (alcalde),  
queridas y queridos conciudadanos, señores, amigos:

Como he dicho en otra ocasión, esta visita a Trento, mi ciudad natal, me ha dado una especial alegría. Doy las gracias enseguida a todos y a cada uno de ustedes por lo que han aportado.

Me han invitado a exponer un tema con un título algo misterioso: “Quien bebe el agua piensa en la fuente”, como dice un significativo proverbio chino.

Es lógico, pues, preguntarse de inmediato: ¿de qué agua se trata? ¿Dónde está su fuente?

Se trata de aquella agua que significa luz celestial, amor y fuerza, presente en uno de aquellos dones definidos “carismas” que, cada tanto, el Espíritu Santo manda a su Iglesia para responder a las expectativas de la humanidad, para satisfacer, afrontar y resolver los problemas típicos del momento, muchas veces indicados por aquello que el Santo Padre Juan XXIII llamó “signos de los tiempos”.

Pues bien, hace 57 años, uno de estos dones fue derramado precisamente aquí, en esta tierra bendita, por eso el agua, que metafóricamente se menciona, tiene su fuente en nuestra ciudad, Trento.

Y ya que gusta al Señor poner sus dones en el corazón de hombres y mujeres sencillos, pobres, frágiles, como instrumentos suyos, para que pueda resplandecer mejor su potencia, me ha elegido a mí, en esta ciudad, y conmigo a un pequeño grupo de chicas, seguidas poco después de algunos jóvenes.

Y puede suscitar otra pregunta obvia: ¿cómo se manifestó este don de Dios, este carisma?

Respondo enseguida. Es una historia real la que estoy por narrarles, repetida por mí y mis primeras y primeros compañeros, miles y miles de veces, en todas partes del mundo, pero que en esta ciudad asume la consistencia y el encanto de las historias verdaderas.

Es una historia en la cual desde 1943, año de su nacimiento oficial, el Señor quiso indicarnos poco a poco los pasos necesarios para llegar a conocer aquella que era nuestra vocación personal y comunitaria al mismo tiempo: vivir la espiritualidad de la unidad. La espiritualidad de la unidad, sinónimo de espiritualidad de comunión que, como expliqué en la

catedral el sábado pasado, el Santo Padre Juan Pablo II, por una misteriosa coincidencia, presenta ahora a toda la Iglesia en la *Novo Millennio Ineunte*, su reciente carta apostólica.

De la historia de nuestro Movimiento me detendré, en especial, en su periodo inicial, en su debut, porque sucedió precisamente en Trento.

Es más, tendré que hacer algunas premisas.

La primera vez que he tenido la sensación de la presencia de un don de Dios, de que algo nuevo estaba sucediendo en mí y no partía de mí, de mi inteligencia (narro este hecho y todo lo que siguió con simplicidad y únicamente para gloria de Dios), fue cuando, a los 18 años mi corazón albergaba un único ardiente deseo: conocer a Dios.

Vivía con mi familia en la calle Gocciadoro número 1. Había terminado mis estudios de magisterio en la escuela Rosmini, y como tenía que entrar a la Universidad, pensé que, probablemente, en una Universidad católica iba a encontrar quien me hablara de Dios y enseñara quién era Él.

Pero mis padres, en esos momentos, no podían ayudarme económicamente, me presenté a un concurso que, por una circunstancia aparentemente adversa, no obtuvo un resultado positivo. Recuerdo, como si fuera hoy, que lloré afligida y dolida junto a mi madre que no lograba consolarme. Precisamente en aquel momento advertí una certeza en el fondo de mi alma, como si Alguien, para tranquilizarme, me dijese: “Yo seré tu Maestro”. Dejé de llorar. Seguí mi vida y me inscribí en una universidad estatal, en Venecia.

Ahora, después de muchos años, puedo afirmar que Aquel que me pareció que habló a mi corazón fue fiel a su promesa.

Y lo hizo mandando, un don del Espíritu Santo, un “carisma”, cuya luz comuniqué de inmediato a las pocas compañeras que compartían mis ideales; un carisma que ha sido también la causa del nacimiento del Movimiento de los Focolares.

Al año siguiente fui invitada a participar a un Congreso de estudiantes católicas, en Loreto, en Italia central, donde se protege, en una gran iglesia fortaleza, la verdadera casita de la Sagrada Familia de Nazaret, trasladada allí en el periodo de las cruzadas.

Sigo en un instituto el curso con las demás jóvenes, pero apenas puedo corro a ese lugar.

Me arrodillaba junto a las paredes ennegrecidas por las lámparas. Algo nuevo y divino me envolvía, casi me aplastaba.

Contemplaba con el pensamiento la vida virginal de los tres: “Entonces, María habrá vivido aquí, pensaba. José habrá caminado por aquí. El niño Jesús en medio de ellos habrá conocido por años este lugar. Las paredes habrán oído su voz de niño”.

Cada pensamiento lo sentía pesar sobre mí, me estrujaba el corazón y las lágrimas caían sin control.

En cada pausa del curso, corría allí: aquella convivencia de vírgenes con Jesús entre ellos ejercía una atracción irresistible sobre mí.

El último día, cuando la iglesia estaba repleta de jóvenes, en mi mente se cruzó esta clara idea, que nunca se borró: te seguirá un ejército de vírgenes.

Cuando volví a Trento, al pueblo de Castello en el Valle del sol, donde enseñaba, encontré a mis alumnos y al párroco que me vio feliz y me preguntó: “¿Has encontrado tu camino?”. “Sí”, respondí. “¿El matrimonio?”. “No”. “¿El convento?”. “No”. “¿Te quedarás virgen en el mundo?”. “No”. Comprendía que era algo nuevo. Pero no sabía nada más.

En Loreto había tenido plásticamente, digamos, la visión, la visión de lo que sería después el focolar, para el cual es muy importante la presencia, al menos espiritual, de Jesús en medio de nosotros, como era físicamente para María y José.

Pasan 4 años. Y llega el 1943. Mientras hacía un acto de caridad a mi madre (fui, en lugar de mis hermanas, un día muy frío, a comprar la leche en el barrio Madonna Bianca, en la calle Verona), a mitad del camino me pareció que el Cielo se abriera sobre mí y Alguien me invitaba a seguirlo: “Entrégate a mí”.

Enseguida hablé con mi confesor para que me permitiera donarme a Dios para siempre.

Así se ponía la primera piedra del Movimiento de los Focolares, el edificio espiritual que tenía que surgir.

Mientras tanto seguía la amistad en Dios con aquellas chicas a las cuales no escondía las primeras intuiciones o inspiraciones sobre esa Obra que daba sus primeros pasos.

Pero alrededor de los primeros brotes de vida de nuestro Movimiento encontramos: indigentes, necesitados.

Todavía vivía en mi casa, en la calle Gocciadoro. No sé exactamente quien empujó a mis compañeras y a mí a lanzarnos con tanto ímpetu hacia los pobres de nuestra ciudad. Tal vez la frase de Jesús: “Lo que hiciste al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hiciste” (cf. *Mt 25, 40*).

No puedo olvidar el corredor bastante largo de mi casa lleno de todo lo que les podía ser útil: cajas de mermelada, tarros de leche en polvo, bolsas de harina, ropa, medicamentos, leña... que llegaba quien sabe de dónde. Sin duda de la Providencia de Dios.

Recuerdo que, porque todas trabajábamos o estudiábamos, a la siesta cada una se iba con dos valijas llenas y pesadas para visitar los tres barrios más pobres de la ciudad: Le Laste, la Portella, le Androne. Había que subir escaleras gastadas por el tiempo o por los ratones, viejas y peligrosas, en una oscuridad casi completa, en una desolación que dañaba nuestros jóvenes corazones. Y tal vez, encontrábamos en una habitación oscura a un pobre hombre o mujer en la cama, sin nada. Pero... era Jesús. Se daba, se lavaba, se barría, se consolaba, se prometía en nombre de Dios omnipotente. Una vez Dori, una de nosotras, limpiando, se contagió una infección en la cara que se transformó en una llaga. Pero exultaba, había hecho todo por Él, por Jesús.

Cuando un pobre venía a casa, elegíamos el mantel más lindo, los platos y los cubiertos mejores.

Por la calle cada una tenía una libreta y era una alegría encontrar a un pobre. Nos acercábamos con gran amor, le preguntábamos el nombre y la dirección para poder servirlo siempre, también en el futuro.

Sí, porque para nosotras, si el problema era sin duda ayudar a cada pobre, todo había comenzado con un programa preciso: queríamos ayudar a resolver el problema social de nuestra ciudad.

Y Dios no nos hacía ver nada más, nada más allá, casi que, realizado esto, todo estaba hecho. Pero el Señor tenía otro proyecto para nosotros, como diré.

Mientras tanto la terrible Segunda Guerra Mundial destruía todo. Así muchas personas abandonaban la ciudad e iban a las montañas. El 13 de mayo de 1944 un bombardeo había vuelto inhabitable mi casa y esa noche ante una nueva alarma escapé con mi familia hacia el bosque Gocciadoro que, entonces, era solo un bosque.

Recuerdo de esa noche, pasada a la intemperie, acostados en el suelo con los demás, solo dos palabras: estrellas y lágrimas. Estrellas porque con el pasar de las horas, las he visto pasar sobre mi cabeza; lágrimas, porque lloraba, comprendiendo que no podría dejar Trento con mi familia que amaba tanto. Veía en mis compañeras el Movimiento recién nacido: no podía abandonarlas.

Y me pareció que el Espíritu Santo, para hacerme comprender Su voluntad, me sugería unas palabras que había estudiado en la escuela: *Omnia vincit amor*<sup>1</sup>, el amor lo vence todo.

El amor por Dios ¿tenía que vencer también esto? ¿Dejar partir a mi familia sola, yo que era la única que los ayudaba económicamente?

Lo hice, con la bendición de mi padre, y mientras ellos se dirigían hacia las montañas, yo me encaminé hacia la ciudad bombardeada. En un momento determinado, recuerdo, por la avenida 3 de noviembre salió a mi encuentro una señora desesperada que, tomándome de los hombros, me grita. “Cuatro de los míos han muerto”. La consolé como pude y comprendí, con esa comprensión que no se borra jamás que, desde ese momento, en el lugar del dolor por haber dejado a mis padres, debía asumir el dolor de la humanidad.

Busqué a mis compañeras en la calle San Martino, en medio de casas y de calles, reducidas a escombros. Gracias a Dios estaban todas vivas.

Nos ofrecieron un pequeño departamento en Piazza Cappuccini. ¿El primer focolar? Nosotros no lo sabíamos, pero era realmente así.

Mientras tanto con la guerra y sus consecuencias desaparecían aquellas cosas y personas que constituían el ideal de nosotras, jóvenes: la posibilidad de seguir estudiando –era mi ideal–, porque las barreras de la guerra me lo impedían; el formarse una familia –era el sueño de otra–, porque el novio no volvió del frente; de amueblarse su casa –era el sueño de una tercera–, porque fue damnificada, etc.

La lección que Dios nos daba era clara: todo pasa, todo es vanidad de vanidades.

---

<sup>1</sup> Virgilio, *Ecloghe X*, 69.

Al mismo tiempo el Espíritu Santo ponía en mi corazón, como expresión de todas, una pregunta, dándome la respuesta: ¿Existirá un Ideal que ninguna bomba pueda destruir, al cual dar nuestro ser?

Sí, fue la respuesta, existe. Es Dios. Dios que en medio de la guerra, fruto del odio, se nos manifestó como nunca antes por lo que es: Dios Amor.

Entonces, decidimos hacer de Dios el Ideal de nuestra vida.

Esa fue la primera etapa de nuestra espiritualidad de comunión, punto de partida de aquel itinerario espiritual que es necesario recorrer para ser idóneos: elegir a Dios como ideal de la vida.

Pero continuando con nuestra pequeña historia, si habíamos encontrado a Aquel por el cual vivir: Dios Amor, ¿cómo poner en práctica este nuevo Ideal?

Enseguida fue claro: siendo también nosotros el amor como Dios es amor, Él, casi como pequeños soles junto al Sol.

¿Cómo lograrlo?

Cada vez que oíamos las sirenas de alarma podíamos llevar al refugio, excavado en un terreno cerca de la iglesia de los capuchinos, solo un pequeño libro: el Evangelio. Estábamos seguras de que allí encontraríamos la manera de ser también nosotros el amor.

Lo abríamos y esas palabras, que ya conocíamos, se iluminan como si por detrás se encendiera una luz, que nos llenaba de ardor el corazón y nos sentimos impulsadas a ponerlas en práctica. Era un efecto del carisma.

Leía para todas: "Ama a tu prójimo como a ti mismo" (*Mt 19, 19*). El prójimo. ¿Dónde está el prójimo? Estaba allí, cerca de nosotros. Eran todas las personas afectadas por la guerra, heridas, sin ropa, sin casa, con hambre y sed. E inmediatamente nos dedicábamos a ellas.

Leíamos: "Den y se les dará. Les volcarán sobre el regazo una buena medida, apretada, sacudida y desbordante. Porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes" (*Lc 6, 38*). Dábamos y todas las veces recibíamos. Un día había en casa una única manzana. La dimos al pobre que pedía. Y esa misma mañana llegó, a través de un pariente, una docena de manzanas. Las dimos también y por la noche llegó una valija llena de manzanas. Era siempre así.

"Pidan y se les dará" (cf. *Mt 21, 22*). Pedimos en la oración y obtenemos. Siempre.

Un día –y este es uno de los primeros episodios que siempre se narra–, un pobre me pidió un par de zapatos número 42. Sabiendo que Jesús se había identificado con los pobres, le dirigí, en la iglesia de santa Clara, cerca del hospital de Santa Clara, esta oración: "Dame un par de zapatos número 42 para ti en aquel pobre". Cuando salí una señorita, que pienso que está aquí presente, me entregó un paquete. Lo abrí: había un par de zapatos número 42.

A lo largo de los años han sucedido un sinnúmero de episodios semejantes a este.

Jesús lo había prometido y ahora cumplía su promesa. Él no era una realidad pasada, sino presente. Y el Evangelio era verdadero.

Y vivir el Evangelio, palabra por palabra, es otro punto indispensable de la espiritualidad de la unidad.

Comprobar que el Evangelio es verdadero dio un nuevo impulso al camino que acabábamos de emprender. Comunicábamos a los demás lo que sucedía. Por eso la gente que nos conocía advertía que no encontraba a unas chicas, sino a Jesús vivo.

El refugio que nos protegía no era seguro. Corríamos siempre el peligro de morir. Se me cruza otra pregunta: ¿Existirá una Palabra en el Evangelio que le guste especialmente a Dios? Si morimos, queremos haberla vivido, al menos en los últimos instantes.

Y el Evangelio nos la revela: “Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que dar la vida por sus amigos” (*Jn 15, 12-13*).

Nos miramos unas a otras y nos declaramos: “Yo estoy dispuesta a morir por ti; yo por ti; yo por ti”. Todas por cada una. Es un pacto solemne. Será la base sobre la cual se apoyará todo el Movimiento.

Pero, si no se nos pide la muerte, vivimos este pacto compartiendo entre nosotros todo: los pocos bienes materiales, espirituales, los dolores, las alegrías, las pruebas.

Vivir en el amor, síntesis del Evangelio, y de manera especial el amor recíproco, es otra etapa.

Habiendo puesto en práctica el amor recíproco, nuestra vida espiritual dio un salto de cualidad: advertimos una nueva certeza, una alegría y una paz jamás experimentada, una plenitud de vida, una intensidad mayor de luz.

¿Qué había sucedido? Era evidente: ese amor realizaba entre nosotros las palabras de Jesús: “Donde hay dos o más reunidos en mi nombre –es decir, en mi amor, como hacíamos nosotras–, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt 18, 20*). Jesús, silenciosamente, se había introducido espiritualmente como Hermano invisible, en nuestro grupo.

Y entonces Él, que es la fuente del amor y de la luz, estaba presente en medio de nosotros. No queríamos perderlo. Y la presencia de Jesús entre nosotros es otro maravilloso y divino punto fundamental de nuestra espiritualidad.

Otro día, para protegernos de los bombardeos, nos encontramos en un sótano oscuro de la calle Travai con una vela encendida y el Evangelio en las manos. Lo abrimos y leímos: “Padre... que todos sean uno” (*Jn 17, 21*). Es la oración de Jesús antes de morir. Y siempre gracias a aquel don del que hemos hablado, tuvimos la impresión de entender esas palabras difíciles y fuertes. Nació en el corazón la convicción de que habíamos nacido para realizar esta página, como si fuera la magna carta de nuestro Movimiento: para la unidad y para contribuir a la unidad de los hombres con Dios y entre ellos.

La unidad es otra etapa.

En aquella misma oración Jesús siguió diciendo: “Que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea” (*Jn 17, 21*). Es lo que sucedió a nuestro alrededor. Unidas por el amor recíproco: quien ya no creía, volvía a creer; quien creía poco, cree más; se multiplican las

conversiones de vida, a Dios; se encuentra la fuerza de seguir Su llamada, o para mantenerse fiel a la elección hecha.

Después de pocos meses, unas 500 personas en Trento, pero también de otras localidades como Povo, Martignano y de los alrededores, de todas las edades, hombres y mujeres, de todas las vocaciones, de distintas extracciones sociales, comparten nuestro Ideal y forman allí, en medio del mundo, una comunidad parecida a los de los primeros cristianos.

Mientras las palabras del Evangelio marcan el ritmo de nuestros pasos y se presentan como únicas, fascinantes, escultóricas, capaces de traducirse en vida. Son universales, luz para cada hombre de este mundo. Así las personas del Movimiento se sumergen, se alimentan, se reevangelizan y, gracias a ellas, se enciende alrededor la revolución cristiana.

Una palabra del Evangelio nos impactó de un modo especial: “El que los escucha a ustedes (a los apóstoles), me escucha a mí” (Lc 10, 16). La queremos poner en práctica enseguida; nos presentamos a nuestro Obispo, monseñor Carlo De Ferrari. Él es el sucesor de los Apóstoles. Escucha, sonrío y dice: “Aquí está la mano de Dios”, y su aprobación y bendición nos acompañarán hasta su muerte.

Esta fue la primera aprobación de la autoridad eclesiástica a nuestra labor y provocó en nosotros dos efectos: nos asegura que la luz que hemos seguido y seguimos es auténtica, auténticamente cristiana, y acelera nuestra carrera.

La unidad con quien nos representa la Iglesia es otro punto fundamental para alcanzar nuestro objetivo.

Felicidad, descubrimientos, gracias, conquistas. Este es el Evangelio ciertamente. Pero desde el inicio comprendimos que todo tiene otra cara, que el árbol tiene sus raíces. El Evangelio te cubre de amor, pero te exige todo.

“Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere –leemos en Juan–, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24). La personificación de esto es Jesús crucificado, cuyo fruto fue la Redención de la humanidad.

¡Jesús crucificado!

En un episodio de aquellos primeros meses del año 1944 comprendimos mejor quién es Él.

A través de una circunstancia vinimos a saber que el mayor sufrimiento de Jesús, y por tanto su mayor acto de amor, fue cuando en la cruz experimentó el abandono del Padre, y gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46).

Este hecho nos impactó profundamente. Y movidas por el entusiasmo juvenil, pero sobre todo por la gracia de Dios, decidimos elegirlo precisamente a Él, en su abandono, como camino para realizar nuestro Ideal de amor.

Desde entonces descubrimos en todas partes su rostro.

Él, que había experimentado en sí mismo la separación de los hombres de Dios y entre ellos, y había sentido al Padre lejos de sí, lo reconocimos no sólo en los sufrimientos personales, que no faltaron, y en los del prójimo, a menudo abandonados, olvidados... sino también en las

divisiones, en los traumas, las separaciones, la indiferencia recíproca, grande o pequeña: en las familias, entre las generaciones, entre los pobres y los ricos; en la misma Iglesia a veces; y más tarde entre las diferentes Iglesias; después, entre las religiones y entre los que no creen y quienes tienen otras convicciones. Pero ninguna de estas divisiones nos han asustado; al contrario, por amor a Él abandonado, nos atraían.

Y ha sido Él quien nos enseñó como afrontarlas, cómo vivirlas, como contribuir a superarlas cuando, después del abandono, había puesto su espíritu en las manos del Padre: “En tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46), dando a la humanidad la posibilidad de recomponer la unidad en sí misma y con Dios, indicándole la manera. Él se manifestó como llave de la unidad.

El Santo Padre, en la *Novo Millennio Ineunte*, tiene maravillosas expresiones sobre Jesús abandonado, que define: el aspecto más paradójico de su misterio. Y Jesús abandonado es el punto fundamental de la espiritualidad de la unidad.

Termina la guerra. Los adherentes al Movimiento pueden viajar por motivos de estudio, trabajo o para llevar ese testimonio de vida a otras personas. De hecho, son invitados a muchas ciudades y pueblos para narrar lo que han vivido y visto.

Enseguida desde el norte al sur de Italia florecen comunidades cristianas según el modelo de la que nació en Trento.

Algunas de nosotras se trasladan a Roma, pero sin olvidar la ciudad natal: durante 10 años, desde el 49 hasta el 59, durante el verano, volvemos con un número cada vez mayor de personas del Movimiento, para pasar un periodo en nuestras montañas y casi componer una ciudadela temporal: la Mariápolis. Fue en una de ellas, en Fiera de Primiero, que un obispo chino, monseñor Vanni, amigo del Movimiento, ante nuestro arzobispo, monseñor Carlo De Ferrari, abrió su discurso de saludo diciendo: “Quien bebe el agua, piensa en la fuente”.

Con una difusión, que fue definida con autoridad “una explosión”, el Movimiento traspasa las fronteras de las naciones europeas. Y ya desde 1958 en adelante llega a los otros continentes. Hoy está presente, como sabemos, en 182 naciones del mundo y cuenta con millones de personas.

Y, ya que quien bebe el agua no puede dejar de pensar en la fuente, nuestra ciudad Trento, debido a esta pequeña historia, que he narrado, es conocida en todas partes del mundo.

Pero el carisma del Espíritu Santo no solo nos ha dado una espiritualidad. Nos ha sugerido también las estructuras de este Movimiento con un Centro y 18 ramas; la ha subdividido en muchas zonas, ha suscitado unas 1000 obras, ha dado vida a 27 casas editoriales y 35 ediciones de la revista en distintos idiomas. Existen 20 ciudadelas de testimonio diseminadas en los continentes. Ha sugerido la idea de constituir secretarías para los distintos diálogos y centros para las llamadas “inundaciones”, que explicaré enseguida.

En nuestro Movimiento están presentes los cuatro diálogos previstos por el Concilio Vaticano II. Está muy extendido y profundo el diálogo entre individuos y grupos en el mundo

católico, como entre los varios Movimientos eclesiales y las Nuevas Comunidades y no sólo, como he explicado el sábado en la velada del laicado católico.

En el campo ecuménico existe un intenso diálogo con cristianos de 350 Iglesias, todos miembros de nuestra Obra, por eso nuestra espiritualidad de la unidad es considerada, por los líderes de las Iglesias, una espiritualidad ecuménica. Espiritualidad que ya crea entre nosotros de distintas Iglesias una unidad espiritual tan fuerte que nos hace sentir que somos de un único pueblo cristiano a la espera de la plena reunificación.

El Movimiento mantiene contactos con fieles de las principales religiones: judíos, musulmanes, budistas, hindúes, sijs, sintoístas, taoístas...

El dialogo alimentado con discursos sobre nuestra experiencia cristiana en templos, mezquitas, sinagogas –como nos piden– ha provocado la caída de prejuicios seculares hacia Cristo, los cristianos y la Iglesia. Las así llamadas “semillas del Verbo” presentes en esas religiones se ponen de manifiesto y esos hermanos asumen como propias verdades típicamente cristianas.

Muchas personas de convicciones no religiosas, se comprometen también en el Movimiento para salvaguardar valores comunes: la solidaridad, la ecología, la paz, los derechos humanos...

Pero el Movimiento suscita también una invasión del Evangelio en todos los campos humanos: en la política, en la economía, en las comunicaciones, el arte, la ciencia, la sociología, la educación, la medicina, etc. Son lo que nosotros llamamos “inundaciones”, como las define san Juan Crisóstomo, que afirmaba que “la constante emanación de agua viva” (cf *Jn* 4, 14 y 7, 38), del que habla el Evangelio provoca inundaciones del Espíritu en el mundo<sup>2</sup>.

Así el Movimiento comienza a dar la respuesta a preguntas dramáticas de la sociedad, suscitando, por ejemplo, con la Economía de comunión una nueva corriente económica que puede llevar a imitar la vida de los primeros cristianos, entre los cuales no había indigentes; o en el campo político, el Movimiento de la unidad que está renovando el mundo político en vista del gran ideal de un mundo más unido.

Queridos conciudadanos y amigos, esta es, en extrema síntesis, la historia de los primeros años de nuestro Movimiento que, en el vasto panorama de la humanidad entera, se presenta como una de aquellas realidades carismáticas en las que Juan Pablo II ve que florece una nueva primavera de la Iglesia.

¡Juan Pablo II, el Papa de todos, es especialmente también nuestro Papa!

Nos emociona siempre recordar su visita a Trento, la ciudad del Concilio, el 30 de abril de 1995.

En la Plaza Fiera, en aquella oportunidad, siempre informado periódicamente de nuestra labor en el ámbito ecuménico para conciliar, con vínculos de unidad, nuestra Iglesia con las de la Reforma, el Papa expresó este deseo: que un día se escribiera un tratado que, partiendo del

<sup>2</sup> Cf Juan Crisóstomo, *Johannem homilia*, 51: PG59, 284.

Concilio de Trento (que sancionó la división entre las Iglesias) llegase a aquella irrupción del carisma de la unidad que, a través del Movimiento de los Focolares, que nació en esta ciudad, alcanza a toda la Iglesia.

Damos las gracias al Espíritu Santo, primer autor de esta Obra.

Damos las gracias a María, que mucho tuvo y tiene que ver con nosotros.

Doy las gracias al señor arzobispo, monseñor Bressan y al señor intendente (alcalde).

Doctor Pacher, por su presencia.

Doy las gracias a todos por su atención.

A continuación algunos protagonistas de este Movimiento, procedentes de varias partes del planeta, nos ofrecerán su testimonio de vida.